

# Siete días

Catalina Olavarría



Image not found.

## Capítulo 1

Es de noche, pero la luz de la luna llena ilumina la ciudad casi como si el sol le hiciera compañía. Me quedo tan fascinada por lo bella y grande que se ve, que sentada en mi automóvil olvido por completo que debo partir a retirar mi pedido de comida vietnamita.

Enciendo el motor, pero este solo me devuelve un sonido ahogado. Más que enojarme, me bajo del vehículo con calma y lo tomo como la excusa perfecta para ir a pie. La noche está ideal para una caminata, y el restaurante no está tan lejos.

Cuando llego al local, mi pedido aún no está listo por lo que me hacen sentarme a esperar. El chico de la caja, al ver mi cara de decepción se acerca a mí y pone en mis manos una bebida individual. "Un regalo, cortesía de la casa", me dice, esbozando una amplia sonrisa. La acepto de buena gana, agradeciéndole el gesto y pienso que las cosas no están saliendo tan mal después de todo. Mi pedido no tarda mucho más en estar listo y luego que me lo entregan, me retiro con ánimo renovado.

Decido devolverme caminando por la plaza de juegos infantiles. Verla tan tranquila en contraste con su alborotado ambiente diurno me provoca una leve nostalgia. La bordeo por el estrecho camino demarcado, cuando, más al fondo, vislumbro la silueta de un hombre que me mira fijamente, casi como si me estuviese esperando. Incómoda, pero sin querer desviar mi camino, acelero el paso, intentando sobrepasarlo lo más rápido posible para no darle oportunidad de establecer contacto de ningún tipo.

–Ya es hora de que te despidas de él– escucho que me dice apenas lo dejo atrás por unos cuantos pasos.

La curiosidad me gana y me vuelvo hacia él. Es ahí cuando me doy cuenta que es un hombre mayor, pero con facciones refinadas, que lleva un delantal blanco perfectamente cuidado y un estetoscopio colgando del cuello. Por una extraña razón, más que sorprenderme, aquello me tranquiliza y me hace bajar la guardia.

–¿Me despida de quién?" Pregunto no muy segura de haber oído bien

–Te queda solo una semana. Después será muy tarde.

–¿Pero a quién se refiere? ¿De quién debo despedirme?

El hombre le dio una profunda calada a un cigarrillo que hasta entonces yo no había notado que tenía. Cuando el humo se disipó, continuó hablando.

-Tomás. Tomás Fonseca. Quedan solo siete días antes de su muerte, y antes de que te arrepientas debes decirle que...

Abrí los ojos de golpe.

¡No, no, no podía ser! Necesitaba preguntarle a qué se refería, pero el hombre ya no estaba ahí. Yo tampoco estaba más ahí por lo que ya no podía preguntarle nada más. Traté de quedarme dormida de nuevo, de retomar el sueño donde lo había dejado, pero fue inútil. Estaba más despierta que nunca.

(¿Qué debo decirle qué cosa a Tomás Fonseca?)

Tomás era compañero de curso en el diplomado vespertino de arquitectura al que estaba asistiendo desde hace un año. Aunque me caía demasiado bien, no sé si podría decir que éramos realmente "amigos". Por las noches nos devolvíamos en el metro junto con Mariana (que también iba en nuestro curso) y un par de veces nos fuimos a tomar un café junto con otros compañeros antes de comenzar las clases. Nos seguíamos en todas las redes sociales, donde solíamos intercambiar comentarios, pero nunca tuvimos una conversación real. A solas. Quizás tenía que ver con que siempre lo sentí muy superior a mí. Alguien muy lejos de mi alcance.

Sobre los demás detalles del sueño mejor ni hablar. Nada tenía mucho sentido. Yo no tenía auto, jamás había probado la comida vietnamita y aquel doctor fumador me parecía de lo más inapropiado... Me fui a duchar, tomé desayuno y con aquello me bastó para olvidar aquel sueño tonto e incoherente.

Como ese día no tenía diplomado, me tocaba irme en bicicleta al trabajo. Bajé a buscarla al estacionamiento, me puse el casco, y una vez montada en ella reparé que tenía una rueda pinchada. Ya sin tiempo para repararla, decidí volver a estacionarla y me resigné a irme caminando. (parece que partí con el pie izquierdo)

El resto del día transcurrió con bastante normalidad y sin mayores novedades. Ya se acercaba mi hora de salida cuando recibí un mensaje de Mariana, en el chat grupal del diplomado: "Hoy es el cumpleaños de Tomás, y aunque él no quería hacer nada especial, lo convencí de que nos juntáramos todos a cenar su comida favorita. Los que quieran/puedan vayan hoy a las 9 al "Vietnam Horizon". Por favor confirmen su asistencia" (carita feliz).

Me quedé contemplando el mensaje, intentando descifrar si se trataba de una broma o una mala jugada de mi mente. Esboqué una sonrisa nerviosa cuando volví a recordar mi sueño. Quizás alguna parte de mí sabía que hoy era el cumpleaños de Tomás y por eso soñé sobre él... pero ¿Comida

Vietnamita? ¿En serio?

Confirmé mi asistencia, apagué mi computador y mientras guardaba mis cosas para irme, repasé mentalmente los hitos que recordaba acerca de mi sueño.

“iba a ir en auto por comida vietnamita, pero me quedaba en pana...”

Recordé la rueda desinflada de mi bicicleta y me recorrió un ligero escalofrío. ¿Estaba intentando relacionar cosas que no son? Luego pensé en Tomás y la advertencia del supuesto médico. ¿Es que Tomás estaba enfermo y aún no lo sabía? Preferí descartar la idea rápidamente de mi cabeza. No quería seguir dándole importancia a aquel sueño ni quería imaginar que él moriría. Pasé a mi casa para arreglarme y cuando volví a salir a las 8:40pm una enorme luna llena me miraba desafiante desde lo alto. Era como si me sacara en cara que la cuenta regresiva aún seguía su curso.

(Tic tac, tic tac. “antes de que te arrepientas debes decírselo...”)

Como siempre, fui la primera en llegar. Eran las 9 pm en punto, pero como era de esperarse, nunca nadie llegaba a la hora. Debo haberme visto un poco patética, sola en una mesa tan grande por más de un cuarto de hora, ya que el camarero se me acercó preocupado, quizás compadeciéndome un poco, y puso frente a mí un trago vietnamita de aspecto muy sofisticado, diciéndome con una sonrisa “Un regalo, cortesía de la casa”.

Mi corazón dio un salto. Quería convencerme de que todas estas señales seguían siendo coincidencias inconexas que solo mi mente quería relacionar. Emití un tímido agradecimiento que fue interrumpido por Tomás que llegaba por fin a nuestra mesa.

–¡Danae, que bueno que pudiste venir!– Dijo en un tono que me pareció demasiado efusivo para él.

–¡Feliz cumpleaños, Tomás!– Le dije levantándome torpemente de mi asiento, provocando que mi trago se tambaleara un poco, e improvisé un abrazo, que al ser correspondido con mayor calidez de la esperada, se lo devolví de la misma manera. Al parecer en verdad estaba muy contento de verme y sorprendida me di cuenta que yo también lo estaba. Más de lo que quería admitir.

Se sentó a mi lado y debo admitir que en un comienzo me sentí algo intimidada. Ambos mirábamos nuestros celulares esperando respuesta de alguno de nuestros otros amigos, e intercambiábamos mensajes al respecto, pero parecían estar ignorándonos a propósito. Sin más alternativa que tener que conversar entre nosotros, dejamos nuestros

teléfonos a un lado y comenzamos a hablar.

Para mi sorpresa, nuestra conversación se desarrolló natural y espontáneamente. Me sentía confortablemente a gusto a su lado y los temas en común no parecían agotarse. Instintivamente comencé a sospechar de que se trataba lo que tenía que decirle. Apenas lo había visto acercarse, y sobre todo cuando me abrazó, mi corazón me lo había revelado con claridad, como desempolvando una realidad que siempre había estado ahí, algo oculta y descuidada, pero ahí después de todo. Y nuestra conversación no hacía más que confirmar mis sentimientos.

–¿Ya van a pedir algo?– Nos preguntó el camarero, esta vez no tan amable como al comienzo. Sin darnos cuenta, ya eran pasadas las 10 de la noche y todavía no habíamos pedido nada, ni había llegado nadie más. Sorprendidos por no habernos dado cuenta, escogimos algo del menú y nos cambiamos a una mesa más íntima.

Revisamos nuestros celulares, los cuales también habíamos olvidado por completo y comprobamos que todos nos contestaban disculpándose por no poder llegar. Por su parte, Mariana respondió al final con un "Olvídense de nosotros y pásenlo bien" seguido por una carita que guiñaba un ojo.

–Parece que seremos solo nosotros dos esta noche– me dijo Tomás mirándome entre serio y divertido, y no pude evitar esbozar una sonrisa cómplice, mientras mi rostro se sonrojaba.

Nuestra conversación se prolongó por un par de horas más, y fue solo interrumpida por el camarero que nos traía la cuenta, avisándonos que cerrarían el local. Como yo no había alcanzado a comprarle un regalo a Tomás, invité yo a la cena.

Había sido una velada demasiado agradable y no quería que llegara a su fin, y al parecer él tampoco, ya que propuso acompañarme caminando a mi casa, lo que acepté sin dudar. Eso me daría más tiempo para estar junto a él.

Al salir del restaurante, la luna llena me esperaba más radiante y amenazante que antes, y un oscuro pensamiento se apoderó de mí.

(tic tac, tic tac)

La inminente muerte de Tomás en una semana se volvía una posibilidad tan concreta que me devolvió de golpe a la realidad. Al mirarme a los ojos, notó la inquietud en mi rostro y preocupado me preguntó si me sentía bien.

(¿Por qué si apenas me estoy dando cuenta de mis sentimientos, quieren

separarnos? ¿En verdad te quedan tan solo seis días más de vida?)

–Si te sientes mal puedo pedirte un taxi–. Sus ojos pardos, casi verdes, penetraban sin ningún filtro en lo más profundo de mi alma. (¿Cómo no me di cuenta antes?)

–No, por favor acompáñame caminando. Estoy bien–. No quería que nuestra improvisada cita terminara. No aún.

Pero fue casi llegando a mi departamento, cuando aquel chirrido ensordecedor, seguido por el golpe seco y duro quedaron suspendidos por largo rato en el ambiente. Y también en lo más profundo de mi ser.

La luna, burlona, iluminaba con violencia la terrible escena. El auto incrustado contra el muro, un amasijo de fierros retorcidos y deformes despidiendo humos y olores metálicos. Gotas de un líquido espeso y caliente formando un charco, y aquel ruido agudo y constante que me taladraba los oídos. Yo yacía tendida en la vereda, aturcida y salpicada de sangre. Su sangre. La sangre de Tomás. No, no, ¡¡Noo!! Ignorando mi dolor, me acerqué a él arrastrándome como pude. Pero él ya no parecía sufrir.

Lancé un grito desgarrador al cielo, enojada, desolada.

–¡Aún faltan seis días! ¡¡Aún me deben seis días junto a él!!

Golpeé con fuerza el pavimento. Me sentía engañada, impotente, y tan sola. Esto no podía estar pasando. Decidida a no rendirme, con desesperación busqué su pulso. Era débil, apenas perceptible, pero todavía existía. Tomás aún seguía aquí. Conmigo.

Con las pocas fuerzas que me quedaban, conseguí llamar a una ambulancia. Luego me acurruqué a su lado, le tomé la mano y, aletargada, me uní a su inconsciencia con la esperanza de que al despertar todo estaría bien.

---

Se siente a lo lejos un sonido constante y tranquilo.

Bip... bip... bip...

Los latidos de un corazón.

Abro los ojos e intento acostumbrarme a la luz. Un hombre mayor, vestido de blanco está junto a mí, esperando a que me reincorpore. Parece ser un

médico.

El sonido de mis latidos se acelera apenas lo reconozco. ¡Es él! ¡El médico que aparecía en mi sueño! Alterada intento levantarme y preguntarle qué está pasando, que cómo se encuentra Tomás, pero no lo consigo.

–Lo siento, ya es muy tarde– Me hace un gesto negativo con la cabeza mientras me intenta contener. –Debes tranquilizarte. Aún estás delicada.

Lagrimas comienzan a aflorar por mi rostro y lo miro esperando una explicación. Quizás adivinando mis pensamientos, añade:

–Ya pasaron los siete días. Lo siento Danae. Solo tú lograste despertar del coma.